

Los hombres de las grandes ciudades actuales—irritados a menudo por las nefastas consecuencias del caos reinante en las mismas a causa de mil errores y desafueros injustificables—suelen reaccionar a veces con violencia ante cualquier elogio que se haga de las grandes concentraciones urbanas. Cuando debido a un determinado fenómeno se siguen ciertos efectos molestos, solemos caer en la ilusión de pensar que lo ideal sería sencillamente suprimir la causa para anular de raíz el efecto. Si la mayoría de los males de la vida actual tienen su origen—aunque no su causa única—en el crecimiento de la población (aumento cuantitativo de número), tiende uno fácilmente a pensar en un primer momento que la solución radica en atacar el problema al nivel *cuantitativo* en que se planteó el conflicto inicialmente. Bien vistas, sin embargo, las cosas, todo nos induce a sospechar que los problemas que de modo irreversible plantea la marcha histórica de la Humanidad sólo pueden ser debidamente planteados y resueltos ascendiendo de nivel, mediante un tratamiento *cualitativo* de los mismos. Intentaré explicarme, pues el tema exige un cuidadoso análisis.

A menudo se afirma—y la Carta de Atenas del CIAM se cuida de subrayarlo (1)—que las medidas cuantitativas de las aglomeraciones humanas deben tener por medida al hombre. Nada más exacto, a condición de que nos apresuremos a explicar qué ha de entenderse aquí bajo esta proteica palabra "hombre". ¿Qué significa construir una ciudad "a escala humana"? ¿Cómo es, en definitiva, el "hombre de hoy"?

Lo primero que urge advertir al respecto es la diferencia que media entre las expresiones "escala verdaderamente humana" y "escala natural". A menudo se identifica lo que es adecuado al

hombre con aquello que uno juzga que lo es cuando pone en juego su simple capacidad espontánea de valoración. Pero así como en la actualidad la técnica y el cálculo han sustituido en todos los campos a los procedimientos "naturales y espontáneos" de juzgar "a ojo", lo que haya de entenderse por "escala humana" pende de lo que debamos considerar actualmente bajo el concepto "hombre" si pensamos a la altura de los tiempos y con el debido rigor.

Si el hombre actual, por su cultura, su peculiar actividad, su idiosincrasia, sus tendencias y circunstancias, tiende *de por sí* a una política social de amplias concentraciones, la gran ciudad se impone, precisamente para dar al hombre posibilidades de despliegue, de madurez y, por tanto, de salvación. Porque con ello queda dicho que en tal coyuntura la gran ciudad crece de dentro afuera, endógenamente, con el vigor y fecundidad propios de todo lo orgánico y, en consecuencia, con una lógica específica y una estructura peculiar.

Una ciudad grande, tal como hoy empieza a concebírsela en los círculos más lúcidos, no puede reducirse a ser la superfección de una ciudad pequeña. Sólo la gran ciudad mal planteada y peor realizada es una ciudad pequeña hipertrofiada. Una gran ciudad debidamente proyectada y construida no es una armónica ciudad pequeña a escala gigantesca, sino—sencilla y profundamente—otra cosa, dotada de una lógica propia de desarrollo y maduración. Por eso puede reunir las ventajas de las pequeñas—tranquilidad, ritmo lento, ventilación suficiente, etc.—y las de las grandes—mayores posibilidades culturales y deportivas, más poderosos medios para la solución de los problemas urbanos, etcétera—.

El entramado de problemas que plantean las aglomeraciones urbanas actualmente no puede ya reducirse a los estrechos límites del dilema que da título a este trabajo: "o ciudades grandes

(1) Cito la edición alemana de la Edit. Rowohlt, que fue editada en Hamburgo, en 1962, con el título *Die 'Charte d'Athènes'*.

o ciudades pequeñas", pues implica una serie de factores socio-económicos que deban ser manejados con gran cuidado y habilidad para obtener soluciones fecundas.

La ciudad es una entidad internamente dinámica y fluyente que responde—debe responder, al menos—al estado de una determinada cultura. La *Carta de Atenas* se expresa al respecto taxativamente: "El límite de una concentración urbana debe ser correspondiente al radio de su actividad económica" (O. cit., página 122). Al ser una realidad abierta, cada ciudad necesita por ley de subsistencia ocupar el lugar y rango que le compete en el concierto de la economía general del país.

Lo decisivo, pues, en el proceso de crecimiento de una ciudad—crecimiento, insisto, dinámico y endógeno, como los procesos orgánicos—es el equilibrio constante entre la magnitud externa y la fuerza interna de configuración. La extensión debe responder a una instancia cualitativa y ser la expresión viviente y cambiante de la vitalidad interna. Esta correspondencia da la medida del equilibrio de una ciudad, que es en todo rigor una *unidad funcional*.

No procede, por tanto, establecer aquí criterios valorativos a base de cifras y magnitudes absolutas. Una ciudad pequeña puede de por sí presentar rasgos más caóticos que una grande si hay en ella un déficit de armonía entre la capacidad interna de creación de nuevos ámbitos y la agregación violenta, de fuera adentro, de masas inertes. Si el crecimiento responde a urgencias orgánicas y se desarrolla a su debido ritmo y con el justo método, no debe causar alarma que una ciudad rompa los límites de las ciudades que se consideran construidas "a escala natural". Lo grave es cuando la concentración se realiza—como suele de hecho suceder—de modo inorgánico, amorfo y, por tanto, masivo, porque de este desorden violento no puede surgir sino el caos, pese al esfuerzo aposteriorístico de los responsables de la ordenación municipal.

Conviene, de consiguiente, en este punto no perder tiempo en vanas "alabanzas de aldea", de corte más o menos romántico, y consagrar más bien las energías al estudio y delación de las causas que provocan la falta de orden interno, rigurosamente orgánico, en el crecimiento de nuestras ciudades.

La *Carta de Atenas* pone el dedo en algunas de estas llagas de la sociedad actual, y conviene apuntarlas aquí para recuerdo de los desmemoriados:

1 LA IMPROVISACION O FALTA DE PLANIFICACION

Si la proyección y construcción de ciudades debe ser una "verdadera creación biológica", a fin de que cada parte cumpla perfectamente su función, se impone un trabajo de planificación complejo y sagacísimo que ejerza el papel de forma entelequial rectora. Al perder la "escala natural", por hacerse excesivamente rápido el ritmo de crecimiento y amplio el volumen de construc-

ción, deben tomarse medidas especiales que el hombre tarda en decidirse a adoptar. "El alma de la ciudad—advierde la *Carta*—revivirá mediante la claridad de la planificación."

Bien se dice, pues, que es el hombre la medida de la Arquitectura, pero se trata del hombre de una comunidad viviente que tiene necesidades y tareas sólo realizables en grandes colectividades. Aquí surge el tan malentendido tema de la *masificación*. No es el número—algo cuantitativo—lo que masifica al hombre, sino la despersonalización—algo cualitativo—que tiene lugar cuando el ser humano carece de los medios necesarios para llevar a pleno logro sus posibilidades fundamentales.

En aparente paradoja, las grandes concentraciones humanas pueden ser elementos impulsores de personalización si fomentan—y no coartan—el despliegue de las actividades humanas constitutivas de la personalidad. No sin honda razón subraya la *Carta* la necesidad de sacrificar toda "pompa estéril" en beneficio de la función rectamente cumplida, que lleva en su seno modestamente, pero de modo sobrecogedor, "una honda poesía".

2 LA VIOLENCIA DE LA ESPECULACION

La célula de ese gran organismo que es la ciudad es el hogar, y éste se halla desde hace tiempo entregado al "juego brutal de la especulación", que rompe todo sano ritmo vital en el proceso de crecimiento. Como hice notar en un artículo anterior de esta misma Revista, acerca del pueblo manchego *La Guardia*, la belleza inmarcitable de estos pequeños pueblos armónicos de la vieja Castilla procede de haber sido construidos de modo orgánico, con la imprescindible lentitud, adaptándose a las circunstancias de espacio, sin género alguno de coacción, plegándose al ritmo lento de la vida campesina y a las incidencias del terreno como una hiedra que decora un edificio con amor y voluntad humilde de adaptación. A este amor se opone frontalmente el cálculo egoísta que todo lo atropella y consagra el método de la improvisación como su mejor arma, al amparo de ese colosal fraude que es inducir a las gentes a pensar que su dignidad pende de formas anárquicas de libertad, que no favorecen en rigor sino a los profesionales del lucro y la violencia.

Sólo una planificación realizada en atención al bien común con la apertura de mente que hace posible el desinterés es capaz de cambiar de escala en la construcción de ciudades sin alterar los fines, que deben confluir siempre en el mayor bien del hombre ciudadano. La *Carta* advierte que para lograr este bien se necesita actualmente ganar espacio a base de grandes bloques proyectados más en vertical que en horizontal. De modo aparentemente paradójico, será esta "concentración masiva" la que concederá al hombre un mayor grado de libertad, poniendo a su servicio vías rodadas independientes del tránsito de peatones, lugares de recreo, zonas verdes, etc. (O. cit., págs. 125-26). El logro de esta ordenación racional de la ciudad exige al hombre actual una

amplia y profunda visión humanística y una depurada técnica al servicio de la misma.

Si el hombre no quiere sucumbir ante el peso de una ciudad caótica debe dominar su crecimiento mediante la movilización de los poderosos recursos que hoy tiene a su mano en todas las vertientes de la cultura: la humana, la política, la social, la económica y la técnica. Lo grave aquí es el hecho de que en urbanismo los errores son casi insubsanables, y todo urbanista lleva inexorablemente sobre sus espaldas la carga de los errores anteriores. De ahí la responsabilidad de quien se arriesga a dar en este orden de cosas pasos en falso. Perfectamente consciente de ello, la Carta subraya la necesidad de proceder mancomunadamente cuando se trata de adoptar medidas de reforma, para no entorpecer con realizaciones deficientes—por unilaterales—una posible labor futura más perfecta.

EXIGENCIAS DE LA VIDA CIUDADANA ACTUAL

La Carta destaca varias de las exigencias legítimas de la vida ciudadana:

- Habitación fisiológicamente sana, espiritualmente reconfortante.
- Lugar de trabajo sano y digno.
- Posibilidades de diversión y recreo.
- Facilidad de movimiento y transporte.
- Conservación y fomento de los valores espirituales.

Sobre este último punto hice en un artículo anterior de esta misma Revista varias precisiones que hace al caso recapitular aquí.

En definitiva, lo que en el fondo ansía el hombre, a la vuelta de múltiples metas parciales y huidizas, es vivir *al debido nivel de hondura*. Analizada con cierto rigor, la tristeza que agobia a buen número de hombres de ciudad—que se sienten internamente desplazados—procede de la sensación firme, si bien difusa en ciertos casos, de que están viviendo en un plano inferior a sus propias posibilidades y, por tanto, a sus propias exigencias. Pero ¿qué exigencias implica una forma de existencia plenamente humana? ¿Qué significa vivir con la debida hondura?

Limitándonos al nivel estrictamente espiritual, estas exigencias son, entre otras, las siguientes:

1 UNA VIDA DE DIALOGO, AMOR Y COMPRENSION

El hombre es "un ser que habita", que lleva impresa en su constitución la tensión hacia los demás y está menesteroso de ayuda y amparo. Amparo dice relación a espacio vital, a justa medida, a equilibrio en las tensiones internas, a libertad dentro de un clima de firmeza. Habitar significa para el hombre en todos

aspectos evitar el desamparo, la infinitud amorfa de lo demasiado amplio, la estrechez asfixiante de lo excesivamente angosto.

2 UN HORIZONTE DE IDEALES FIRMES Y REALIDADES PROFUNDAS

El hombre que vive sin un horizonte de realidades profundas siente que su vida interior se diluye y es paulatinamente sometida a un proceso de ineludible desintegración. No es, pues, la prisa la causa de la desazón a escala mundial del hombre contemporáneo, sino la *superficialidad*, la inexistencia de amplias perspectivas, que deben ser suplidas precariamente con un flujo incesante de impresiones sensibles, a fin de lograr una sensación fugaz de energía y continuidad vitales.

Por muy diversas causas, y a través de diversos caminos, la ciudad actual ha llegado a cubrir de tal modo mediante objetos artificiales—fruto de la mano del hombre—las realidades originarias y los momentos límite de la existencia, que sus habitantes se hallan cercados por una malla de finitismo que corta a su espíritu las alas de toda posible ascensión trascendente y espiritualista.

3 LA EXISTENCIA DE RITOS QUE REVELAN LAS CAPAS PROFUNDAS DE LA EXISTENCIA

Los ritos confieren a la vida cotidiana una singular elevación y una figura característica, un *rostro*, y con él la capacidad de establecer respecto al hombre relaciones verdaderas de *encuentro*. Lo que tiene rostro sobrecoge, como una persona con intimidad, como un acto cargado de significación.

4 UNA VIDA DE AUTENTICA CONVIVENCIA

Los hombres sólo conviven de verdad cuando se hallan conjuntamente abiertos a realidades que dan sentido y unidad al vivir. En el amplio recinto de la ciudad cada hombre configura a su escala un pequeño mundo. Lo que procede es, pues, ofrecer al ciudadano los medios suficientes para configurarlo del modo más armónico y fecundo posible. Debe procurarse que la mano del hombre no oculte la faz de la naturaleza aherrojada bajo el asfalto; que los edificios no roben el horizonte del cielo a los hombres; que el ahogo de las aglomeraciones en los medios de transporte y en los espectáculos no sofoque la voluntad de convivencia que acompaña y constituye al ser humano; que haya tiempo y espacio para dar a los momentos cumbre de la vida su debido ritmo; que la existencia vuelva a recobrar su aire *festivo*, su gravedad solemne a través del rito. Pues el rito confiere rostro a la existencia, y sólo lo que tiene rostro sabe decir algo al hombre y encender en su interior la llama de la vida. Que la ciudad, en suma, haga posible *una vida al nivel del espíritu*.